

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### Lo que me queda de ti

Araceli Samudio

*“Dedicado a todos  
los que alguna vez  
han amado hasta  
que les doliera el alma”.*

### Agradecimientos

Esta es una historia muy especial para mí, una que antes de convertirse en letras ha implicado lágrimas, sonrisas y, sobre todo, aprendizaje y crecimiento. Quiero agradecer en primer lugar a Dios por darme la vida y, con ella, la oportunidad de ser, de reír, de llorar, de caer y de volverme a levantar, por permitirme sentir su presencia en mi vida y por darme el don para convertir emociones y sentimientos en letras que intentan tocar el corazón de los lectores.

Quiero dar las gracias a mi familia, a mi compañero de vida, Andrés, que me regala su apoyo constante, su amor incondicional, y me da una mano cuando no puedo sola. A mis hijos, Ezequiel, Nayeli e Iñaki, que son mi fortaleza para seguir. A mi madre, por haber confiado siempre en mí.

En esta ocasión, quiero agradecer también a esos maestros que la vida nos pone enfrente, a esas personas que entran a nuestras vidas y que caminan a nuestro lado por un tiempo. Algunos se quedan, otros se marchan; algunos nos traen sonrisas, otros nos dejan lágrimas. Pero todos nos entregan vivencias cargadas de aprendizajes que nos llevan a ser mejor. A cada una de esas personas que han entrado a mi vida y que me han permitido aprender y crecer como persona, a los que siguen a mi lado y a los que se han marchado, a los que me han regalado sonrisas y a los que me han traído sufrimientos. Muchas gracias. Sin ustedes, no sería hoy la persona que soy.

A todos y cada uno de mis lectores, a los que conozco y a los que no, a los que van a cada firma, a los que siguen mis locuras, a los que están allí con su cariño, con su afecto y con su corazón abierto para permitirme llegar con mis letras y con mis historias. Muchas

gracias, son el motor de todo lo que escribo.

Y a Nova Casa Editorial, por confiar en mi trabajo y por darme la oportunidad de plasmar las letras en papel, por permitirme acariciar mis sueños y por abrirme las puertas a este fascinante mundo, muchas gracias.

## Prefacio

Mi nombre es Rafael Montes y este es mi primer libro.

Mi sueño nunca fue escribir un libro, ese siempre fue su sueño.

Carolina solía decir que escribir la liberaba, que era su forma de sacar todo aquello que tenía dentro, todo lo que le apretaba el corazón o le estrujaba el alma. Entonces, se me ocurrió probar esa terapia, pues, aunque los años pasaron, el amor no se acabó. El dolor tampoco.

¿Se puede amar y odiar a una persona al mismo tiempo? Supongo que yo puedo, funciona como el día y la noche para mí. Amanece y sale el sol, ilumina mi vida, mis días, mi alma. Así es como la amo, como si fuera la luz que necesito para guiar mi camino, como si se tratara del aire que preciso para respirar, como si solo su sonrisa fuera capaz de darme los motivos necesarios para vivir. Pero entonces, llega la noche, el sol se esconde y solo queda la oscuridad. Así es como la odio, como el ser que más daño me hizo; no le importó que yo me deshiciera de dolor en sus manos.

Ella es mi luz y mi oscuridad, ella es mi ángel y mi demonio, mis sueños y mis pesadillas. Ella es mi todo y es mi nada.

Entonces, la amo y, de nuevo, la odio en una perfecta y armoniosa melodía en donde las partes suaves se entremezclan con las partes intensas; en donde las sonrisas se pierden entre las lágrimas, donde los recuerdos buenos coexisten con los malos como un todo imposible de separar, de disociar.

Ella era como una playa tranquila, como un respiro, como la calma que necesitaba mi alma; pero de pronto se convirtió en un *tsunami* que arrasó con todo, se llevó mi vida y mi ser por delante, dejó solo devastación, angustia y dolor. Oscuridad y tinieblas. Se llevó todo y me dejó sin nada.

De ella me quedó el amor inmenso que le tengo. Aquel sentimiento tan puro que alimenta y purifica, que te hace sentir grande, poderoso y eterno.

De ella me quedó el odio inmenso que le tengo. Aquel sentimiento oscuro y triste que sofoca el alma y la desangra.

De ella me quedó un libro cargado de recuerdos que dejó sobre mi cama. Con sus apuntes, con garabatos, con un escrito donde rezaba su sueño.

«Un día voy a ser una gran escritora, me voy a volver famosa, Rafa. Voy a inventar una historia que se va a convertir en un *best seller*».

No sé qué ha sido de ella, no sé si ha logrado su sueño. Solo sé que me siento como un personaje de su libro; ella me hizo y deshizo a su antojo, me llevó a experimentar un amplio espectro de sentimientos que ni siquiera imaginé que existían. Ella escribió mi historia, mi pasado y mi futuro.

De ella solo quedaron tres cosas:

Amor.

Odio.

Y un libro.

## El principio

La tarde se pierde en el horizonte con una mezcla de colores que dan paso a la noche. A través de mi ventana observo a las primeras estrellas titilar tímidas en un cielo azul violáceo. La melancolía me hace su presa una vez más. Es un domingo como cualquier otro, silencioso y solitario. Lo único que lo hace diferente es la fecha: hoy se cumplen trece años.

Trece años que pasaron de forma rápida y, a la vez, lenta; trece años que trajeron toda clase de cambios a mi vida, pero que no lograron modificar lo básico, la esencia de mi alma: ella. Trece años en los que su recuerdo aún permanece fresco, vívido, ardiente; en los que su ausencia aún duele tanto como el mismo día que la vi partir.

Una lágrima se derrama solitaria por mi mejilla y sigue el camino de muchas otras que la precedieron, un camino para purgar el dolor de mi alma. El sonido de llaves me devuelve al momento. Cierro el cuaderno y me limpio los ojos, no quiero que me vea así.

—¿Papi? ¿Estás bien? —Me conoce demasiado, no puedo ocultarle mi tristeza. Asiento con rapidez.

—¿Qué tal te fue con Paty? —pregunto para que cambiemos de tema. Ella dibuja una sonrisa en sus labios, camina hasta la silla vacía frente a mi escritorio y se sienta. Su mirada es dulce y, aunque sé que se ha percatado de mi estado, evita el tema y me cuenta sus cosas.

—Conocí a un chico —afirma y, al decirlo, sus ojos brillan con emoción.

Sonrío. La frescura de su alma es mi alimento diario.

—Así que un chico, ¿eh? —pregunto. Ella sonrío y asiente—. Cuéntame más.

—Yo te cuento, pero tú también lo haces —dice y me señala con su dedo índice como si quisiera amenazarme, yo sonrío—. Vine temprano porque prometiste que hoy me empezarías a contarme qué es lo que tanto escribes en ese cuaderno. —Llevo esquivando su curiosidad por más de dos semanas, pero esta mañana me encontró más triste que de

costumbre. Entonces, con la idea de que me dejara solo para poder hundirme en mi melancolía, la insté a que saliera a pasar el día con su mejor amiga. Claro que eso solo lo logré con la promesa de que, a su vuelta, le contaría toda mi historia. Según Taís, ya tiene edad para saber más de mi vida.

Ella es una muchachita inteligente y alegre. Es el oxígeno que yo respiro, no sé qué hubiese sido de mi vida sin ella. Pero insiste en saber el porqué de mi soledad y no parará hasta conseguir que se lo cuente. He pensado mucho en ello, en si es conveniente compartir mi dolor con alguien más. Quizá, sacar aquello que está incrustado en lo profundo de mi ser y que ha echado raíces tan grandes que crecieron alrededor de mi corazón agobiándolo por completo, pudiera resultar beneficioso. Además, no tiene nada de malo hablarlo con ella, es en quien más confío y ya tiene la edad suficiente como para entender; mi historia podría ayudarla a no cometer los mismos errores.

—Bien, cumpliré con mi promesa —afirmo con una sonrisa, quizá sea la primera del día, pero verla siempre me hace sentir mejor, se parece en tantas cosas a ella. Puede cambiar mi estado de ánimo en segundos.

—Bien. Para hacerte más sencillo el inicio, empezaré yo —dice y sus ojos adquieren un brillo especial—. Este chico es un compañero de Paty. Se llama Rodrigo, y nada, es muy lindo... y dulce. Nos conocimos hoy, así que no hay mucho que contar. ¡Ahora es tu turno! —exclama con emoción.

—Me siento en desventaja, eso es trampa. —Sonrío y luego miro el cuaderno que se ha convertido en mi compañero en los últimos meses. Acaricio su portada y suspiro. Quizá leerse será más fácil que solo contárselo—. Te lo iré leyendo, ¿te parece? Esto es como... el capítulo más difícil de mi vida.

—¿Y lo escribes en ese cuaderno como si fuera una novela? —pregunta y enarca las cejas con curiosidad y sorpresa.

—Lo hago como terapia —respondo, observo de nuevo a la ventana, los colores de la tarde ya se han ido y solo queda la noche—. Ella decía que escribir era bueno, que era su manera de enfrentar las cosas. Yo nunca lo intenté, hasta... hace poco. Lo hago porque quisiera que esta historia dejara de doler de una vez, necesito soltarla.

—¿Quién es ella? —quiere saber Taís, su rostro muestra sorpresa. Luego, achina un ojo con picardía. Me gusta su forma de ser, es expresiva y espontánea.

—Carolina... —Pronunciar su nombre en voz alta luego de tantos años despierta el pequeño aleteo de las mariposas que vivieron en mi estómago en aquella época y que, ahora, duermen hechizadas por su partida.

—Te escucho entonces —agrega Taís y cruza sus piernas sobre la silla. Se recuesta por el respaldo para buscar la comodidad necesaria para oír una larga historia.

Abro el cuaderno en la primera página, bajo la vista y suspiro. Me da miedo compartir mi historia, siento temor a ser juzgado al compartir aquello que tanto me ha marcado.





que siguiéramos conversando.

Atrevido, galante y astuto, me senté en el sitio vacío y coloqué mi bandeja sobre la mesa; Juanpi hizo lo mismo y la rubia levantó ambas cejas en señal de sorpresa.

—Eso se puede solucionar. Me llamo Rafael, puedes decirme Rafa. —Me presenté y le tendí la mano con seguridad.

—Yo me llamo Carolina, y no puedes decirme Caro, ni Carol, ni Carola y mucho menos Carito. —Su tono era seco y poco amigable, pero eso no era más que combustible para mí y mis ganas de conquistarla.

—Yo soy Juan Pablo —añadió mi amigo—, puedes llamarme Juanpi.

—Entonces, Carolina... ¿No te gustan los apodosos? —pregunté e ignoré a mi compañero.

Él la veía directo a los ojos y ella no bajaba la mirada.

—Me gustan, pero les regalo ese honor solo a mis amigos —zanjó.

—¡Wow! —exclamé mientras comía unas papas fritas de mi plato—. Hablas como si fueras una persona famosa o algo por el estilo —bromeé.

—Aún no lo soy, pero un día lo seré —respondió y volvió a su lectura.

—Entonces, Caro... ¿Qué haces este sábado? —pregunté atrevido, insistente, animado ante el carácter duro de la joven con cara de ángel.

—Contigo, nada... —respondió sin mirarme, Juanpi se echó a reír.

Lo miré de soslayo como para que se detuviera, lo entendió enseguida y se concentró en su comida.

—¿Qué lees tan entusiasmada? —intenté seguir con la conversación sin verme afectado por su desplante.

—Un libro, ¿qué no ves? —respondió y volvió a levantar su mirada hacia mí. Le regalé una sonrisa dulce para tratar de aflojar su coraza. No pensaba desistir.

—Hmmm... ¿Y por qué tanta agresividad?, solo quería ser amable —dije y me encogí de hombros. Decidí cambiar de táctica; a veces, al simular que bajaba la guardia lograba obtener la atención de las chicas como ella. Era hermosa y eso seguro la colocaba en esa situación de creerse superior.

—Mira...

—Rafa —completé ante su duda.

—Rafael... Estoy aquí para estudiar. No me interesa hacer amigos, ya tengo unos cuantos y me conocen desde muy chica —respondió tajante y volvió a su lectura. Por un instante pensé en levantarme y dejarla sola, pero no le daría ese triunfo.

—Pero yo soy muy especial, nunca en tu vida tendrás otro amigo como yo. No puedes dejar pasar esta oportunidad —bromeé ante su estúpido comentario anterior. Una chiquita malcriada no iba a ganarme, no iba a ceder ante sus desplantes.

¡Qué equivocado estaba entonces!

—¿Qué te hace especial? —dijo y me miró de nuevo, esbozaba una media sonrisa

entre irónica y divertida. Era hermosa, todo en ella me agradaba de una forma que no podía explicar, me generaba una sensación de querer estar a su lado, de cuidarla, de protegerla. A pesar de mostrarse ruda, yo presentía que, en el fondo, era un suave helado de fresas derriéndose al sol.

—Puedo ser un buen amigo, soy leal, me encontrarás siempre. Además, soy guapo —añadí con un guiño.

—¿Eso te lo dijo tu madre? —comentó y luego se largó a reír.

Su risa sonaba como miles de cascabeles al viento. Si las estrellas tuvieran un sonido, sería parecido al de su risa. Me quedé embobado ante el hoyuelo en su mejilla derecha,

hipnotizado por el verde de sus ojos achinándose, embelesado por el movimiento de su cabello rubio que ondeaba suave como resultado de aquella genuina carcajada.

—Pues sí, mi madre y las chicas con las que acostumbro salir —respondí entre enfadado y feliz. Enfadado porque esta chica me estaba pisoteando, pero feliz porque me hablaba. En aquel momento no pude intuir que esa sería por siempre la realidad de nuestra relación: ella dando sobras y yo feliz de recibirlas.

—¿Chicas como quiénes? —Ante aquella pregunta levanté la vista a mí alrededor, debía encontrar a una chica que a ella le pareciera importante y que fuera buena amiga mía como para seguirme el juego. A las mujeres suele llamarles la atención lo que les interesa a otras mujeres a las que ellas consideren igual o superior.

¡Sara! Ella era la escritora del blog del centro de estudiantes de la universidad. Si a Carolina le gustaba leer, era probable que la conociera y la admirara, Sara era genial con el uso de las palabras.

—¡Sarita, bella! —La llamé y se giró a mirarme, se acercó entonces a la mesa y saludó.

—¿Qué hacen? —preguntó sonriente.

—Aquí haciendo una encuesta para ayudar a la compañera nueva a decidirse. A ver, dime, ¿crees que soy guapo? —pregunté.

Sarita me observó con confusión y yo le guiñé un ojo sin que Carolina lo pudiera ver. Ella entendió que debía seguirme y sonrió.

—Claro que eres guapo, Rafael, también inteligente. Eres uno de los chicos más prestigiosos de la universidad. —Bueno, Sara se lo tomó en serio y ya hasta exageraba.

Me apretó las mejillas y me plantó un beso fugaz en los labios. Juanpi por poco y escupe lo que bebía. La chica me sonrió y se alejó elegante y divertida. Yo me quedé algo atontado.

—Bien... parece que puedo considerar tu caso —añadió entonces Carolina mientras miraba a Sara caminar hacia una mesa llena de chicos y chicas del centro de estudiantes, mi idea había dado resultado y, al menos, le había generado curiosidad—. Te espero el sábado, a las seis de la tarde, en la Biblioteca Nacional. Debo buscar un libro y tú puedes ayudarme con eso.





## Conociéndote

Hoy fue un día tranquilo, raro para ser lunes. La oficina estuvo casi sin movimiento, lo que me permitió llegar temprano a casa. Me di un baño, escribí un poco y ahora preparo la cena para Taís y para mí. Son cerca de las nueve y ella no tardará en llegar de sus clases de danza.

—¡Hola, familia! —anuncia, tan alegre como siempre.

No sé qué sería de mi vida sin ella y sin su alegría de vivir. Creo que hay dos tipos de personas en este mundo: las que se ahogan en los problemas y las que nadan a través de ellos. Supongo que yo pertenezco a la primera y ella a la segunda.

—¡Hola! ¡Estoy preparándote una cena deliciosa! —grito para que me oiga desde la entrada y venga junto a mí.

Segundos más tarde, la veo en el umbral de la puerta de la cocina. Sus cabellos recogidos, su bolso colgado al hombro y su uniforme de la academia de danzas.

—Estoy muerta de cansancio, pero no sabes lo que pasó —dice con entusiasmo—. En tres meses vendrán los del Ballet Nacional a hacer audiciones en la Academia y la directora me dijo que podía presentarme. ¿Sabes lo que es eso, papi? ¡Mis sueños de ser una bailarina profesional podrían estar más cerca de lo que pensaba!

—Me agrada eso, pequeña, pero quiero que te cuides. Nada de dejar de comer ni tampoco de descuidar la escuela, ya falta muy poco. —Taís va a clases de danza desde los tres años, es su pasión y su sueño, una de las cosas que la mantuvo firme cuando su mundo se tambaleó. Pero el ambiente de la danza es duro, ensaya hasta quedar sin aliento y el entorno es muy exigente con la cuestión de la alimentación. Ella tiene varias compañeras con problemas alimenticios y yo no quiero que ella pase por eso. No, otra vez no. Lo hablamos desde que era muy pequeña; por suerte, su contextura física le ayuda: es chiquita y delgada, justo como su madre.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes por eso. ¡Pero estar en un *ballet* es lo que siempre quise! —exclama con emoción entre saltitos de entusiasmo.

—Lo sé, y estoy seguro de que lo lograrás. Me encantará estar allí en primera fila viéndote bailar y ser feliz —digo con cariño.

Ella me regala una sonrisa tierna y, luego de dejar su bolso botado en el suelo —como siempre—, se sienta en su sitio de siempre frente a nuestra pequeña mesa redonda. Sirvo la cena para ambos y comemos mientras conversamos un poco más acerca de nuestros días.

—Lavo los cubiertos, me baño y te veo en el estudio para que sigamos con el capítulo del día, papi —dice cuando acabamos.

—Pensé que ya lo habías olvidado —suspiro.

Es mentira, sabía que no se le olvidaría, pero tenía la esperanza de que el cansancio le ganara. Aún me cuesta abrir mi mundo.

—¡Nunca! Estoy súper intrigada con aquella historia y quiero saber quién es esa mujer —exclama.

Me gustaría responderle que yo también quisiera saberlo, pero prefiero callar.

Un rato después, ella se acomoda, con sus piernas cruzadas sobre el asiento en lo que ella llama «posición mariposita» —pues con ese nombre enseñan a las niñas pequeñas en el *ballet* a sentarse así—. Yo también estoy en mi sitio, con el cuaderno en mis manos, abierto en el capítulo de hoy, mientras intento tomar coraje para adentrarme en las páginas de mi vida pasada.

—Te escucho con atención —dice Taís para alentarme y sonríe.

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

El sábado estuve allí desde las cinco y media, esperándola ansioso. Algo en esa chica hacía que mi interior vibrara, que mi corazón despertara de una forma que nunca antes había experimentado. Ella me atraía y, desde el inicio, supe que Carolina sería especial en mi vida, de esa clase de chicas que dejan huellas a su paso. Lo que entonces no sabía era que ella terminaría siendo mi todo y que, cuando la perdiera, solo me quedaría la nada.

Ella llegó a un cuarto para las seis. Sonrió al verme recostado contra la pared de la biblioteca. Iba con un vestido corto de color azul, medias negras largas y botas del mismo color. Llevaba el pelo suelto y desaliñado, un bolso pequeño y un par de libros bajo sus brazos. Sus labios estaban pintados en un rosa tenue y en su mano libre traía una botella de agua.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó al verme.

—No, solo unos minutos.

—Bien... entremos entonces —dijo sin siquiera saludarme con un beso en la mejilla.

En la biblioteca no pudimos hablar mucho, eso me ponía nervioso. Cada vez que intercambiábamos palabras, alguien nos miraba con mala cara para que hiciéramos silencio. La biblioteca no es un buen lugar para tener citas.

No sabía decir qué es lo que ella hacía en realidad, iba a uno de los estantes, sacaba unos libros y los traía a la mesa; los abría y buscaba algo en ellos; tomaba apuntes y luego los cerraba y los llevaba de nuevo a su lugar. Repetía el proceso una y otra vez. Yo, mientras, estaba fascinado con la gracia de sus movimientos, con la belleza de su cuerpo y de su rostro, con la armonía de sus facciones que cambiaban de una a otra mientras hojeaba los ejemplares. Algo la tenía emocionada, motivada, embebida en todo lo que hacía. Por un instante deseé ser ese algo y que me mirara de la misma

manera en la que observaba a esos libros, con tanta emoción y entusiasmo.

Entre susurros escuetos, no decía mucho más que lo que le parecían aquellos libros. «En este encontré mucho, en este no encontré casi nada». Solo hacía esa clase de comentarios, así que me encontré preguntándome si aceptaría ir a tomar un café después de este «encuentro de lectura», como ella lo había denominado, aunque yo no estuviera leyendo ningún libro.

Cuando por fin dio por terminada la búsqueda de no sé qué, nos decidimos a salir de la biblioteca. Una vez afuera, y antes de que se despidiera, me animé a invitarla, con mucho miedo al rechazo. Ya desde ese entonces podía presentir que ella era como una cajita de sorpresas, nunca se sabía cómo terminaría actuando, pero eso a su vez me atraía y me atrapaba.

—¿Vamos a tomar un café? —solté de la forma más casual posible.

—Hmmm... —Me observó un tanto confundida, sus labios fruncidos y sus cejas levantadas me hicieron entender que lo estaba pensando.

Me adelanté a su respuesta.

—Vamos, no muerdo... —Sonreí con dulzura, para ver si cedía un poco.

—Okey, pero no tengo demasiado tiempo —zanjó.

Si dentro de mí hubiera habido personitas como esas de la película de Disney<sup>1</sup>, en aquel momento habrían estado saltando, emocionadas y felices, mientras festejaban la victoria. Y es que los hombres somos competitivos y esta chica se había convertido en un desafío para mí. Solo que en aquel entonces no sabía que había guerras que era mejor no batallarlas y nadie me había dicho aquel refrán de que: «Huir a tiempo no es cobardía».

—Bien, te llevaré a un sitio donde sirven un capuchino único —comenté en un intento por contener la emoción.

—¿Quién dijo que me gusta el capuchino?

La observé y parpadeé, confundido ante su comentario, pero ella entonces se echó a reír y me di cuenta de que bromeaba.

—Amarás ese —respondí con confianza en la voz y ella solo asintió con su sonrisa fresca.

Cuando llegamos al café, elegimos una mesa con vista a la calle. Nos trajeron el menú y entonces ordenamos dos capuchinos, yo pedí un muffin de canela y ella pidió brownies de chocolate con almendras.

—¿No es demasiado dulce para alguien tan dulce como tú? —pregunté con la intención de hacer un tonto cumplido porque no se me ocurrió nada mejor

---

<sup>1</sup> Referencia a Inside Out.

para arrancar alguna conversación.

—Hmmm —dijo y me observó a los ojos. Me perdí por unos segundos en el verde profundo de su mirada—. ¿En serio crees que soy dulce?

—Creo que eres como una de esas frutas que tienen la cascara un poco ácida o amarga, pero que por dentro pueden ser muy dulces. Como una fresa... Al principio pueden ser un poco ácidas, ¿no?

—¿Me estás diciendo que por fuera soy ácida o amarga? —preguntó con seriedad, lo que me puso algo nervioso.

—Bueno... no puedes negar que has sido bastante ácida conmigo. —Me encogí de hombros.

—Puedo ser muy dulce si me lo propongo. —Y entonces sonrió de una forma tan exquisita y única, que creo que ese fue el momento exacto en el que caí rendido a sus pies. El instante preciso en el que mi yo se impregnó de ella para no volver a ser nunca más a ser simplemente yo, al menos no sin ella.

Carolina tenía varias sonrisas, y esa era y sería por siempre la que yo más la amaría, la que más añoraría. Aquella sonrisa parecía salirte del alma, iluminaba su rostro y hacía que sus ojitos se achinaran hasta dejar solo un par de destellos verdes que iluminaban sus facciones como faroles. El pequeño hoyuelo se hacía más profundo y su rostro perdía las muecas irónicas para convertirse en el de una niña inocente, serena, a quien daban ganas de abrazar. Me rendí ante esa sonrisa, ante esa mirada dulce, y asentí con seguridad.

—No me cabe ninguna duda, Carolina.

—¿Qué estudias? —preguntó mientras empezó a comer lo que le habían servido. Devoraba sin piedad su plato y a mí me agradaba verla así.

—Derecho —contesté—. ¿Tú?

—Letras, obvio —respondió con la boca llena. Me parecía adorable.

—Háblame del libro que vas a escribir, el que te hará famosa —bromeé.

—Estoy investigando, quiero escribir una novela de fantasía, algo sobre ángeles y demonios. Pero no quiero que sea igual a nada que ya está escrito, quiero hacer algo único y fuera de serie. Por eso no me apresuro, soy de las que piensan que las cosas buenas llevan su tiempo.

—¿Para eso revisabas tantos libros? —inquirí y ella asintió.

—Sí, son libros que hablan sobre el tema. Necesito informarme sobre lo que ya existe para luego escribir lo que aún no hay —respondió con seguridad.

—Así que fantasía, ¿eh? —pregunté mientras comía mi muffin.

—Sí, me gusta la idea de inventar una realidad alternativa. Una donde yo

tenga el control de hacer y deshacer. Cuanto más alejado esté de la realidad, mejor. Para historias reales ya tenemos la vida misma —añadió y se encogió de hombros.

—Interesante teoría. Ahora prométeme algo.

—¿Qué podría prometerte? —cuestionó curiosa.

—Que el primer libro me lo dedicarás a mí y me lo firmarás.

—¿Dedicártelo? No sé. ¿Por qué debería hacer algo así? Ahora lo de firmarte una copia, eso sí... claro.

—Pero debe ser la primera que firmes —insistí.

—Bueno... lo pensaré. —Sonrió de nuevo—. Me gusta que creas en mí, la gente piensa que estoy un poco loca y que estas ideas son estrafalarias.

—¿Qué gente? —pregunté intrigado.

—Mi gente... —dijo y volteó la vista a la ventana. Frunció el labio, parecía incómoda. Algo de su luz propia se opacó en su mirada, pero rápido ocultó aquello y se volteó de nuevo a verme—. ¡Esto está genial! Tenías razón, el capuchino es delicioso.

—Cuando quieras, podemos repetirlo —agregué y ella negó con una sonrisa divertida.

—Ya veremos, ahora voy un rato a los sanitarios.

La esperé y, cuando volvió, caminamos hasta su casa.

—Es aquí —dijo cuando estuvimos enfrente—. Gracias por acompañarme hoy y por la merienda... —Parecía nerviosa. Su casa era bonita, en un barrio de clase alta, pero no era una construcción demasiado ostentosa o, al menos, por fuera no se veía de esa forma.

—Cuando gustes. ¿Me darías tu número de teléfono? —pregunté y se mordió el labio, dubitativa.

—Quizá más adelante —afirmó y luego ingresó a la casa, despidiéndose con la mano.

La vi perderse y caminé hasta el sitio donde tomaría el autobús a mi hogar.

Sentimientos encontrados fluían dentro de mí. Por un lado, estaba feliz, parecía haber derretido aunque fuera un poco la coraza de Carolina, pero ella seguía distante, ilegible, me daba la sensación de ser inalcanzable. Suspiré. Después de todo, era nuestra primera salida y ya había logrado algo bueno, quizá todo mejoraría más adelante, o eso quería creer yo.

—No parece ser mala... Quizá solo le costaba abrirse a los demás —comenta Taís cuando cierro el cuaderno y levanto mi vista para encontrarme con sus ojitos grises.

—Nadie es demasiado bueno ni demasiado malo. El problema son las decisiones que tomamos, Taís. Podemos hacer mucho bien o mucho daño con ellas. A veces pensamos solo en nosotros mismos —suspiro pensativo.

—No quiero opinar mucho aún. Supongo que hay todavía una larga historia por conocer, pero siento tu dolor, papi. Es muy fuerte, muy tangible, es como una sombra que no te suelta, está allí siempre en ti. Espero que escribir esto te permita soltar lo que te ata a ella. Sea lo que sea.

—Eres una chica inteligente. Estoy muy orgulloso de ti y de la mujer en la que te estás convirtiendo —digo sonriente. Después de todo, tengo la sensación de que abrirme a ella y contarle mi historia no ha sido una mala idea.

—Todo lo que soy, te lo debo a ti —añade antes de levantarse y abrazarme.

## Encuentro

Hoy fue un día intenso, el trabajo estuvo cargado, pero eso es bueno, trabajar me gusta porque me distrae, además mi profesión es —junto a Taís—, todo lo que tengo, me entretiene.

—Papi, ¿me vas a dar permiso y dinero para salir el viernes? Tenemos un cumpleaños y, Paty y yo, queremos ir a la peluquería. Se abrió una nueva cerca de su casa y están haciendo una promoción de dos por uno, o sea que nos va a salir a mitad de precio. —Está entusiasmada con aquello, ella es coqueta y le agrada maquillarse, peinarse y arreglarse. Cuando Taís era chica, yo solía ser su juguete, me peinaba y me maquillaba hasta dejarme peor que a un payaso.

—¿Va a ir cierto chico que conociste hace unos días a ese cumpleaños? —pregunto con tono pícaro y divertido, las mejillas de Taís se pigmentan de un rosa intenso y yo río abiertamente.

—¿Soy muy obvia? —Quiere saber, su sonrisa es dulce.

—Un poco, pero solo porque te conozco demasiado. No hay problema, tienes el permiso y el dinero, pero no vuelvas demasiado tarde porque me preocupo.

—Paty se quedará a dormir aquí porque sus padres viajarán, ¿puede? —pregunta sonriente.

—Claro, pero ¿cómo vendrán de la fiesta?

—¿Nos puedes buscar? —inquire y coloca las manos juntas como si pidiera por favor.

Yo asiento. Esto de ser padre de una chica de la edad de Taís es estar en constante movimiento.

—Bueno, ¿seguimos con esto? —pregunto ya en el escritorio, cada quien en su sitio, listos para nuestra lectura diaria. Yo cada vez menos desinhibido y Taís cada día más curiosa.

—Soy toda oídos.

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

Después de la primera salida, no supe de Carolina en varios días. La busqué en la universidad, pero nadie sabía nada. Había una chica que solía estar con ella, me acerqué a preguntarle y me dijo que estaba indispuesta. Le pedí su número pero, como buena amiga, dijo que no podía dármelo y que ya volvería, que no me preocupara.

Laura me había llamado a menudo en esos días, quería salir conmigo, repetir los encuentros de las vacaciones. Ella era bonita, interesante y muy fácil. No en el mal sentido de la palabra, sino que no era difícil estar con ella, conquistarla, sacarle una sonrisa. Decidí invitarla al cine y a cenar esa misma noche; la desaparición de Carolina me hacía sentir en cierta forma frustrado, necesitaba de alguien como Laura que me ayudara a pensar en otra cosa, por momentos sospechaba que me estaba obsesionando.

Después de haber salido con Carolina el otro día, yo había quedado entusiasmado con ella, con sus misterios, con sus sonrisas y con sus ironías, pero a ella parecía haberte dado igual. Desapareció como si nada y yo estaba seguro de que, en cualquier momento, aparecería de la misma forma.

Cuando llegó la hora pactada, busqué a Laura por su casa. Ella se acercó a mí y plantó un dulce beso sobre mis labios. Teníamos algo, no puedo definir muy bien qué era, una especie de amistad especial o de amistad con derechos, visto que habíamos pasado ya ciertos límites. Le correspondí al beso y luego la observé de arriba abajo: traía una blusa negra, pantalones del mismo color y una chaqueta en tono rosa viejo que le daba cierto aire juvenil. Su cabello lleno de ondas iba suelto por sobre sus hombros y, cuando me pilló observándola, levantó las cejas y ladeó la cabeza con una sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó con tono sexy.

—Cualquier cosa que te pongas me gustará —respondí, la tomé por la cintura para acercarla a mí. La verdad es que ella me gustaba y que, cuando estábamos juntos, me sentía cómodo, como si estar juntos fuera lo correcto.

La llevé hasta el auto y, como todo buen caballero, le abrí la puerta para que pasara. Luego fui hasta mi sitio y conduje hasta el cine; compramos las entradas, las palomitas y los refrescos, y nos dispusimos a esperar a que se habilitara la sala. No sé qué película íbamos a ver, en realidad, Laura la había elegido y yo solo había pagado.

La gente que estaba en la función anterior comenzó a salir de la sala y yo tomé a Laura de la mano para que nos acercáramos de manera que apenas se despejara la sala pudiéramos entrar entre los primeros. Me gustaba elegir los asientos del medio, ni muy adelante ni muy atrás, y teniendo en cuenta que había muchas personas esperando, pretendí adelantarme para conseguir buen lugar.

Entonces, la vi cuando salir de una sala. Iba abrazada del cuello de un chico y sonreía. El muchacho tenía una de sus manos aferrada a la cintura de ella y con la otra hacía señas que a ella le parecían muy simpáticas. Mi estómago se encogió, sentí celos, le regalaba a ese chico la misma sonrisa dulce que me había obsequiado a mí el otro día. Y, no sabía por qué, pero algo dentro de mí se alzaba posesivo y atrevido. Abracé a Laura con la tonta e ilógica intención de que Carolina sintiera lo mismo que yo cuando me viera, pero ella solo pasó de largo y levantó una mano para saludar de lejos. No respondí al gesto, estaba demasiado molesto.

Casi empujé a Laura entre la multitud para que ocupáramos un asiento, luego me disculpé. Me excusé para ir al baño antes de que empezara la película. Salí como un bólido esperando encontrar a Carolina aún por allí y, para mi suerte, la vi afuera del sanitario de damas. Me acerqué de forma casual, como si yo fuera a entrar al de caballeros que estaba enfrente.

—¡tola! —saludé y ella sonrió mientras secaba sus manos aún mojadas por su pantalón de jean.

—tola —respondió concentrada.

—Hay una máquina adentro que tira aire caliente, sirve para secar las manos —dije y señalé la puerta del baño de damas.

—No tengo paciencia para esperar a que se sequen con el viento.

—¿Qué te sucedió estos días que no has ido a la universidad? —pregunté. Cambié de tema, consciente de que no teníamos demasiado tiempo.

—Ehmm hummm... estuve un poco enferma —respondió dudosa y se encogió de hombros.

—¿Gripe? ¿Algún virus?

—Sí... un resfriado muy fuerte —respondió—. Mañana estaré por allí.

—Bien... yo... —No sabía qué más decir, pero entonces el chico de hace rato





apareció al lado nuestro haciendo lo mismo que ella, secando las manos por sus pantalones.

—Hola —saludó.

—Él es Rafael, un amigo de la universidad. —Me presentó con velocidad, lo que me hizo pensar que se excusaba por hablar conmigo.

—Un gusto, soy Gael —dijo el chico pasándome la mano—. Su primo —agregó y la miró, ella asintió.

Una ráfaga de alivio se instaló en mí, no era su novio, era su primo y eso logró que una sonrisa genuina se pintara en mi rostro.

—Un placer —respondí al saludo mientras me volvía la sangre al cuerpo.

—Nos vemos mañana —se despidió Carolina y tomó de la mano a Gael. Caminaron hacia la salida y yo entré al baño.

Me lavé la cara y suspiré mientras veía mi imagen en el espejo. No me conocía a mí mismo. ¿Dónde estaba toda la seguridad que solía tener con las chicas? ¿Dónde estaba mi capacidad de mantener mi mente siempre fría y no dejar que ninguna chica ingresara a mi vida más de lo que yo podía controlar? No quería terminar como esos idiotas enamorados que se dejaban manejar como títeres por sus novias, siempre había dicho que jamás sería uno de esos. Yo podía manejar la relación siempre y cuando fuera quien quisiera menos.

Desde pequeño había aprendido que las relaciones eran una cuestión de tire y afloje, a veces tocaba dar y otras ceder, pero, según mi madre, siempre había uno que quería más. En el caso de mi familia era ella quien siempre cedía ante los excesos de mi padre. Siempre terminaba por perdonarle todo, yo odiaba verla sufrir a la espera de que él pusiera de su parte. Me prometí a mí mismo no convertirme en esa clase de persona.

Volví a la sala y me senté al lado de Laura, aún un poco afectado por mi reciente encuentro con la chica que revolvió todo dentro de mí. Laura con su sonrisa fresca y espontánea me tomó de la mano justo antes de que se apagara la luz y empezara la película.

Cuando uno está con alguien metido en la cabeza o en el corazón, todo, hasta lo más sencillo, le recuerda a esa persona. La película trataba de ángeles y demonios, supongo que era por eso que Carolina vino a verla —para su «investigación»—. Ella era algo obsesiva, su tenacidad era impresionante. En la noche pensé para mí mismo que esa clase de gente siempre consigue lo que busca, ella probablemente alcanzaría el éxito y la fama que tanto anhelaba.

Cuando la película terminó, fuimos a cenar algo, una pizza en un local

italiano que a Laura le agradaba.

—Estuvo buena la peli, ¿no? —pregunté y ella asintió.

—Por cierto, ¿de dónde conoces a la chica que saludaste antes de entrar?

—comentó mientras tomaba un pedazo de pizza con sus manos y se lo llevaba a la boca.

—Hmmm... de la facultad —respondí fingiendo que tardé en recordar de quién me hablaba.

—Fuimos compañeras de colegio un par de años, es una chica rara —afirmó mientras comía.

—¿Rara? ¿Por qué?

—No sé... —Se encogió de hombros—. Se la pasaba leyendo, metida en su mundo de fantasías, soñando con ideas locas para un libro que nunca escribió. O al menos, no hasta ese momento. Además, no tenía amigas y era... algo malvada.

—¿Malvada? —pregunté con una sonrisa, ese término me parecía exagerado.

—Sí... Digamos que era de esa gente que parece no tener corazón —afirmó y se encogió de hombros.

Aquello me llamó mucho la atención. No sé a qué clase de gente se refería Laura. ¿Quién no tiene corazón? Supongo que todos tenemos el poder de amar y, a la vez, de dañar a alguien.

—¿A qué te refieres? —pregunté curioso.

—No, no es nada... Solo es una tonta historia de la secundaria. Mejor planeemos el fin de semana. ¿Quieres ir a la playa? Tengo una fiesta en casa de unas amigas. ¡Descontrol! —Sonrió, meneó un poco su cuerpo en la silla y levantó su vaso para brindar.

—Eso suena interesante. —Brindé con ella—. ¡Por el descontrol! —Ofrecí y golpeé mi vaso con el suyo suavemente.

Aquella noche me quedé pensando en la idea que Laura tenía de Carolina, quería creer que era solo cuestión de chicas.

■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■ ■

—Me cuesta mucho imaginarte así, papi. Tan... libre, divertido y alocado.

—Supongo que todos fuimos jóvenes alguna vez, pequeña. —Sonrió ante su

comentario.

—No se trata de ser joven; en principio, ni siquiera eres viejo. Pero a lo que me refiero es a que ahora eres tan... comedido. No te he conocido una novia en años, la última que recuerdo fue Rebecca, y eso fue cuando yo tenía ocho o nueve años. Antes parecías salir con muchas chicas —añade y yo me encojo de hombros.

—Ya ves, supongo que tú eres mi única chica —digo y le guiño un ojo.

—Eso me halaga, pero sabemos que no es cierto. Esta chica, Carolina, marcó tu vida de tal forma que no pudiste superarla nunca. Supongo que no encontraste a nadie que estuviera a su alcance en tus ojos, papi, pero me temo que el problema no es ella, sino tú —dice.

La observo con curiosidad.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto un poco asombrado por su comentario ya que aún no sabe casi nada de la historia.

—Pienso que las personas pueden dejarte marcas imborrables, pero siempre serás tú el que decide superarlas o no. Quizá no la perdonaste, quizá te quedaste sin decirle algo, no pudiste cerrar la historia y por eso se te quedó allí, atragantada. Pero ¿crees que ella está así por ti ahora, papi? ¿Crees que ha dejado su vida de lado por ti? —pregunta y yo tardo en responder.

—No, no lo creo; no lo hizo antes, mucho menos ahora —admito con franqueza y algo de melancolía. Lo que me acaba de decir es muy cierto, duele.

—¿Sabes qué ha sido de ella? —pregunta, curiosa.

—No tengo ni idea.

—¿Y si la buscamos en *Google*? ¿En *Facebook*? —sugiere, entusiasmada—. Quizá podrías hacer el cierre.

—No, no quiero buscarla. Creo que eso sería mucho más doloroso. Para mí escribir esto es el cierre, Taís. A veces cuando lo escribimos, lo leemos y lo compartimos, entendemos mejor las cosas —digo con seguridad. Si algo es seguro es que no quiero saber dónde está Carolina ni qué ha sido de ella.

—Bien... ya veremos a medida avance la historia, papi —responde con una media sonrisa, espero que no trame nada extraño, Taís a veces puede ser bastante impredecible.